

2015-09

Charlie Hebdo, entre la libertad y el respeto

García-González, Bernardo

García-González, B. (2015). "Charlie Hebdo, entre la libertad y el respeto". En Análisis Plural, primer semestre de 2015. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/3048>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

Charlie Hebdo, *entre la libertad y el respeto*

BERNARDO GARCÍA GONZÁLEZ*

En este artículo quisiera compartir algunas reflexiones en torno a los hechos violentos acontecidos a principios de 2015 en las oficinas de redacción del semanario francés *Charlie Hebdo*. Estas reflexiones girarán en torno a dos núcleos que, en este caso preciso, podrían parecer a primera vista irreconciliables: por un lado, el relacionado con la defensa de la libertad de expresión —uno de los pilares de la democracia y de los máspreciados valores Ilustrados— y, por el otro, el que tiene que ver con el respeto a las creencias de los otros y que representa un reto urgente en un mundo como el nuestro que tiende cada vez más al encuentro con el otro—diferente.

Dentro de las diferentes perspectivas desde las que se puede analizar el caso, la que quiero privilegiar aquí es la ética. Ética es una palabra con larguísima historia y, por lo mismo, va cargando prenociones que no siempre se ajustan al noble ejercicio que sugiere el vocablo. De ahí que en casi cualquier escrito que se presente con ese nombre exista la obligación de explicitar lo que se entiende por ella. Hay innumerables definiciones, pero quizá lo que convenga aclarar aquí es el tipo de actividad en que consiste: se trata de una reflexión filosófica sobre las morales, es decir, de una mirada reflexiva que se dirige a las distintas

* Es maestro en Filosofía Social y candidato a doctor en Filosofía de la Educación. Es profesor titular del Centro de Formación Humana del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), donde coordina la academia Trascendencia y sociedad.

plataformas en las que *estamos parados* los seres humanos y desde las cuales percibimos el mundo, vivimos y convivimos. Dicho así, debemos entender la moral como *el supuesto* de cualquier praxis humana. El carácter abierto de nuestra realidad personal —el hecho de que no nazcamos sabiendo cómo comportarnos y cómo vivir— hace imposible que no tengamos una moral. Incluso en los casos más extremos hay un núcleo o plinto, según el cual la persona enfrenta el mundo. De modo que todas nuestras acciones —y evidentemente nuestro juicios— se hacen *desde* una posición moral específica. Y precisamente la ética es el ejercicio de pensar ese subsuelo desde el cual actuamos.¹

Por la dificultad propia de entrelazar las dos posturas aparentemente antitéticas que conciernen a este artículo, resulta imposible presentar un escrito que concluya de manera definitiva el debate de los límites de la libertad de expresión que, por lo demás, ha estado vivo y con gran ímpetu desde hace por lo menos tres siglos. Pero esa conclusión no es lo que pretenderían unas líneas que se presentan como *reflexión ética*. El territorio de la ética es más partidario de la pregunta que de la respuesta definitiva. El lector, pues, habrá de tomar este escrito como un texto que invita a considerar el ataque a *Charlie Hebdo* desde diferentes perspectivas, notando los matices que presenta el caso, sin dejarse llevar por la reacción mayoritaria que, a mi parecer, ha sido la de condenar en automático el acto terrorista y defender a ultranza la libertad de prensa, sin importar que haya sido ejercida por un grupo que desde los años sesenta del siglo XX ya incomodaba a ciertos sectores con el filo de su tinta. Aclaro que advertir lo punzante de la caricatura política no significa, de ningún modo, justificar el terrorismo, pero sí es algo que nos lleva a pensar que estos dos núcleos sobre los que quiero

1. Por el carácter de este texto no es posible presentar un desarrollo más detenido, pero remito al lector interesado a la obra de pensadores como José Luis Aranguren (*Ética*, Alianza Editorial, Madrid, 2004), Adela Cortina (*Ética*, Akal, Madrid, 2001) o, en general, a las éticas que se desprenden del pensamiento de Xavier Zubiri y que distinguen “la moral como contenido” de “la moral como estructura”.

reflexionar no son simples actitudes maniqueas sobre las cuales se puede optar —al estilo de *yo soy Charlie* o *yo no soy Charlie*— sino que en el fondo obedecen a dos plataformas morales distintas.

1. LA NOTICIA, LA SOLIDARIDAD GLOBAL Y EL OPORTUNISMO POLÍTICO

El atentado contra la sede de la revista satírica *Charlie Hebdo* en París fue una de las noticias internacionales más destacadas con que se iniciaba el 2015. El 7 de enero los hermanos yihadistas Said y Chérif Kouachi atacaron las oficinas del semanario francés. Irrumpieron a media mañana en la sala de juntas donde, cada miércoles, se reunía el equipo de redacción y preguntaron directamente por *Charb* —Stéphane Charbonnier, director de la publicación—, quien ya había sido protagonista de escándalos y víctima de amenazas desde 2006 por mofarse y caricaturizar a Mahoma. Los hermanos islamistas detonaron sus armas contra él y luego contra otros integrantes del periódico, mientras gritaban frases como “Alá es grande” o “pagarán por haber insultado al profeta”. El saldo fue de doce muertos, entre los que se encontraban cuatro dibujantes: *Cabu*, Georges Wolinski, *Tignous* y Philippe Honoré. Le perdonaron la vida a la columnista Ségolene Vinson, a quien, según la reconstrucción del asalto que publicó el diario español *El País*, le dijeron “no matamos a mujeres, pero leerás el Corán”. Sin embargo sí abatieron a Elsa Cayat, la psicoanalista judía de origen tunecino que cada 15 días entregaba su popular crónica *Charlie Divan*. También mataron al economista Bernard Maris, al corrector de textos Mustapha Ourrad, a un escolta de *Charb*, a Michel Renaud —que solo se encontraba ahí acompañando a *Cabu* y planeando alguna colaboración para la siguiente edición— y a dos agentes de policía, uno de los cuales, paradójicamente, era musulmán: Ahmed Merabet.²

2. La reconstrucción puede leerse en la página de *El País*. La nota, “Carnicería salvaje de los Kouachi

Como era de esperarse la noticia fue de largo alcance. Corrió rápido y conmocionó no sólo a Francia, sino a la opinión pública en general. *Charlie Hebdo*, que era una publicación procurada por una esfera no demasiado numerosa —principalmente intelectuales de izquierda que la conocían desde que era *Hara Kiri* en los años sesenta³— y que había sorteado serios problemas económicos que incluso la llevaron al cierre durante prácticamente toda la década de los ochenta, se convirtió de golpe en el estandarte de la libertad de expresión.

Habría que decir, sin embargo —aunque sea como paréntesis—, que esa entusiasta respuesta solidaria mostraba también en muchos sectores los colmillos del oportunismo político. No deja de llamar la atención, por ejemplo, el cinismo de ciertos personajes que pocos días después se subían al barco de la libertad de prensa y marchaban junto con los tres millones y medio de personas que se congregaron en las calles de París —o se unían a distancia a la causa—, pero que silencian cotidianamente expresiones menos polémicas en sus países o que son incluso culpables de crímenes contra periodistas.⁴ Ese mismo oportunismo puede verse en la postura del gobierno de François Hollande, quien aprovechándose de la tragedia convocó a la marcha masiva y reconoció al espectral *Charlie Hebdo* como *Citoyen d'honneur de la Ville de París*, mientras abandonaba otros valores republicanos al militarizar sus calles y enviar aviones a la península arábiga con la anuencia de una población desconcertada.

Y cuando uno advierte tanto lo masivo de la respuesta como el oportunismo desvergonzado es natural que broten ciertas preguntas —sin que ellas signifiquen que no se comparta la solidaridad, que no se

en ‘Charlie Hebdo’, del mismo 7 de enero, está disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2015/01/09/actualidad/1420834302_722612.html

3. En 1970 cambiaron su nombre al actual, al haber sido censurados por burlarse de la muerte del expresidente francés Charles de Gaulle.
4. Véase al respecto el texto de Naïef Yehya “La tragedia de *Charlie Hebdo*: fanatismos, espejismos, libertades”, publicado en la revista *Literal* [DE disponible en: <http://literalmagazine.com/la-tragedia-de-charlie-hebdo-fanatismos-espejismos-y-libertades>].

repudien los hechos, que no se esté en contra de cualquier acto terrorista o manifestación de violencia— que tienden a la sospecha de que detrás de esas reacciones hay más aspectos que no suelen verse. La pregunta, por ejemplo, de por qué ante otros hechos de mayor calado —como las víctimas que ha cobrado Boko Haram— no se haya visto ni remotamente el apoyo que sí produjo el ataque a la redacción de la publicación *Bête et méchant* —“tonta y malvada”, como fue el slogan de *Charlie Hebdo* durante años. O también el porqué en otros atentados cuyo autor no es de origen árabe o de filiación musulmana no se desencadena una respuesta similar, como lo fue el caso de Anders Behring, el fundamentalista cristiano noruego que perpetró una masacre en la que 77 personas murieron en 2011 y ante la cual no se desató una ola cristianofóbica.

Con todo, y aun sin ser el centro de este escrito, es importante por los menos mostrar una de las notas del contexto en el que se dio el ataque, aunque sea para enmarcar las reflexiones posteriores. Desde hace algunas décadas hay una actitud generalizada en Europa de cierto escrúpulo y miedo ante una especie de idea infundada: una *amenaza demográfica*. En la Unión Europea hay cerca de 20'000,000 de musulmanes, lo cual representa apenas 4% de la población. Pero la percepción social extendida revela el recelo ante un futuro cercano —y visto por ellos como distópico— en el que la mayoría de la población sea de origen árabe. El diario británico *The Guardian* publicó en noviembre de 2014 los datos de una investigación en la que “según la percepción de los encuestados” en Francia “habría un 31% de población musulmana, cuando la cifra real es del 8%.⁵ No es de extrañar, en ese sentido, el escándalo que supuso la nueva novela de Michel Houellebecq, que llegó a las librerías el mismo día del ataque a *Charlie*

5. Véase el lúcido artículo “El islam no es culpable”, de Luz Gómez García, profesora de Estudios Árabes e Islámicos, publicado en *El País*, el 8 de enero de 2015 [DE disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2015/01/08/actualidad/142075113_278955.html].

Hebdo. La sexta novela del polémico escritor está ambientada en un futuro cercano en el que el hipotético partido *Fraternidad Musulmana* gana las elecciones presidenciales de 2022. Houellebecq describe en *Sumisión* una Francia convertida en régimen islámico en la que —solo por revelar un detalle— La Sorbona es una universidad financiada por emires, sus paredes están alhajadas con versos del Corán y su rector tiene tres esposas —una de las cuales es adolescente—. Es tan solo un gesto, un dato aparentemente irrelevante, pero el libro vendió 125,000 ejemplares en la primera semana y, me parece, subraya a la perfección el miedo colectivo.⁶

Son varias las pistas, pues, que nos indican que detrás del sombrío acontecimiento del 7 de enero y la inmediata respuesta global no hay solo una solidaridad ante las víctimas y una defensa de la libertad de expresión —muy nobles posturas, por cierto— sino también una serie de problemas que apuntan a la dificultad de la vida en común, principalmente a la aceptación de la diferencia.

2. LOS TIPOS DE DISCURSOS Y LAS DOS POSTURAS MORALES FUNDAMENTALES

Como era previsible, de manera casi simultánea a la ola informativa y a las crónicas y reconstrucciones de los hechos, se produjo un verdadero raudal de escritos que colmaron las redes sociales, por un lado, de los más desagradables comentarios islamofóbicos y, por el otro, de la defensa de quienes afirmaban que la religión musulmana no tenía nada que ver con el crimen, algo que a estas alturas de la vida —en un mundo con migraciones crecientes en donde convivimos personas de las más diversas culturas y creencias en un mismo barrio— debería ya ser una verdad de Perogrullo: que no todos los musulmanes son fundamentalistas, que ciertos crímenes son más políticos que religiosos.

6. Michel Houellebecq. *Sumisión*, Anagrama, Barcelona, 2015.

Se hizo necesario, por increíble que parezca, traer de nuevo la distinción entre palabras como musulmán, árabe, islámico y yihadista, que suelen ser utilizadas arbitrariamente en las redes, a veces casi como si fueran sinónimos y con una tendencia fácil y estulta a ligarlas todas al terrorismo.

Al escribir el presente artículo han pasado más de cinco meses del atentado y los hechos se pueden mirar con una sana distancia que no se deja cegar tan fácilmente por la sensibilidad que provoca el hecho. Es por ello que el foco de este texto no está en la información o en la crónica sino en los interrogantes que se pueden desprender al detenernos reflexivamente en la noticia y al considerar las dos actitudes fundamentales con que fue recibida.

Me parece que las opiniones esenciales oscilan entre la de los que vilipendian resueltamente el hecho, por tratarse de un ataque no solo a personas inocentes que hacían su trabajo sino al derecho fundamental de la libertad de expresión, y la de aquellos que denuncian una cierta responsabilidad por parte del *journal irresponsable*, por publicar contenidos ofensivos para la comunidad musulmana.

3. LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN —Y SUS DIFUSOS LÍMITES— FRENTE AL RESPETO

Una de las defensas más apasionadas de la libertad de expresión se encuentra en el libro de John Stuart Mill *Sobre la libertad*. No se puede seguir aquí la totalidad de su brillante disertación y la fuerza de sus argumentos, pero remito al lector al célebre libro y transcribo uno de los pasajes que, a mi juicio, están entre los más vibrantes de su obra:

Si toda la humanidad, menos una persona, fuera de una misma opinión, y esta persona fuera de opinión contraria, la humanidad sería tan injusta impidiendo que hablase como ella misma lo sería si teniendo poder bastante impidiera que hablara la humanidad [...] La

peculiaridad del mal que consiste en impedir la expresión de una opinión es que se comete un robo a la raza humana.⁷

La defensa que se suele hacer de la libertad de expresión —estrechamente ligada a las libertades de pensamiento, de prensa y de discusión— va con frecuencia unida a cuestionamientos que tienden a limitar su alcance. Ante la pregunta práctica de si esa libertad consiste en poder decir lo que sea y cuando sea, casi cualquiera afirmaría que no. De hecho cualquier país democrático tiene restricciones y limitantes a ese respecto. Si no, no existirían figuras jurídicas como la difamación o la calumnia, pero así como en esos casos las fronteras son más fácilmente discernibles, en otros el problema del establecimiento preciso de esos límites es sumamente complejo.

Cuando se debate cotidianamente en torno al fenómeno de la libertad —así, en general— es muy común que se recurra a tres ideas muy sobadas: que hay una diferencia entre libertad y libertinaje; que la libertad no es *absoluta*, y que la libertad de cada uno terminaría donde empiezan las libertades de los demás. Pero notemos que detrás de esos tres *clichés* descansa el mismo problema: el de las fronteras de la libertad.

En el primero, la distinción entre libertad y libertinaje —por demás simplona— obedece a una actitud en la que la persona instalada en la moral dominante cree que aquello que sale de lo que ella misma considera *bueno* no merece ya llamarse libertad y entonces desapruueba ciertas acciones con el mote de libertinaje. Pero caben las preguntas de cómo se gesta esa fina línea entre ambos conceptos y quién es el encargado de trazarla. En el segundo, es evidente que la libertad no puede ser en ningún sentido absoluta. Se dice que algo es absoluto cuando no tiene relación con nada —el concepto está conformado por la voz latina *ab-solutus*, estar suelto. Pero los seres humanos no estamos sueltos del

7. John Stuart Mill. *Sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 2007, p.77.

mundo sino adheridos a él. De modo que mientras hablemos de *libertad humana* esa libertad tendrá que ser una libertad *respecto* de nuestra relación con el mundo y con los otros. Eso abre la reflexión sobre la dimensión política de la libertad, que se convierte en una especie de regalo, de posibilidad o imposibilidad de ejercerla, y que claramente — de nuevo— *limita* a los individuos. Por último, en el tercero, y más que en ningún otro, surge otra vez —e inevitablemente— la pregunta de dónde está el linde entre la libertad de los demás y la mía. Decir que los “límites no son otros que los que tiene la libertad sin más cuando debe convivir con otras libertades”⁸ no resuelve en absoluto el problema.

Al vincular esos cuestionamientos con el tema más específico de la libertad de expresión inquieta la certeza de la imposibilidad de salir de ese círculo, ya que, de hecho, la libertad de opinión se plantea como problema filosófico porque, justamente, se apoya en el derecho que se tiene para decir aquello que puede molestar, aquello que es incómodo de escuchar, que irrita. La libertad de expresión no sería un problema si lo que estuviera en juego fuera pronunciar aquello que forma parte de la opinión aceptada de forma generalizada. En ese sentido, es un fenómeno que mantiene cierto parentesco con, por ejemplo, el problema del perdón o de la confesión, precisamente porque adquieren pleno sentido al acercarse a lo insostenible. El perdón no es un problema cuando se trata de perdonar un detalle sino cuando se tiene que perdonar lo imperdonable. Y confesar lo que todo mundo sabe no es propiamente una confesión; la confesión solo adquiere tensiones de profundidad cuando se quiere confesar lo inconfesable.

De ahí que para ahondar más en el caso específico del atentado a *Charlie Hebdo* no basten las defensas generales de la libertad y los trazos de fronteras hechas con nubes. Impedir las burlas o provocaciones

8. Victoria Camps. “Opinión pública, libertad de expresión y derecho a la información” en Jesús Conill y Vicent González (coords), *Ética de los medios. Una apuesta por la ciudadanía audiovisual*, Gedisa, Barcelona, 2004, p.34.

sería censurar en gran medida la caricatura política y dejar la puerta abierta a posturas reaccionarias que tratan de silenciar a la población. Pero eso no debe entenderse, naturalmente, como un permiso a la irresponsabilidad total que posibilite, por ejemplo, el retorno de publicaciones por el estilo de *Der Stürmer*, el periódico alemán antisemita del segundo cuarto del siglo XX.

El énfasis que desde los años noventa del siglo XX se pone en los procesos de autorregulación de la práctica periodística puede arrojar mucha luz sobre esta delicada franja. Ciertamente no presenta una respuesta acabada, pero sí apuntala un ejercicio que hace justicia tanto a la libertad como al respeto:

Bajo el concepto de autorregulación de la comunicación se agrupan toda una serie de mecanismos e instrumentos relacionados con la actividad de los medios que comparten el objetivo de garantizar que su actuación se ajuste a los valores y normas de esa actividad. Lo distintivo de la autorregulación es que tanto su puesta en marcha como su funcionamiento y su efectividad dependen de la libre iniciativa y el compromiso voluntario de los tres sujetos de la comunicación: los propietarios y gestores de las empresas (tanto públicas como privadas), los profesionales que realizan los medios y el público que los recibe o protagoniza.⁹

4. ALGUNAS PREGUNTAS QUE ABREN DIÁLOGO, A MANERA DE (NO) CONCLUSIÓN

Hace falta pues —y es uno de los retos que apuntalo aquí como conclusión provisional— pensar con detalle cuál es precisamente la función de la sátira —sobre todo cuando va ligada a conflictos muy sensibles.

9. Hugo Aznar. *Ética y periodismo. Códigos, estatutos y otros documentos de autorregulación*, Paidós, Barcelona, 1999, pp. 41 y 42.

Urge acordar si la sátira o la caricatura deben tratarse de manera distinta a los otros géneros periodísticos en los códigos deontológicos. En mi opinión, las caricaturas pertenecen a un género diferente y por ello exigen un análisis distinto. Estoy de acuerdo con Darío Restrepo —uno de los máximos referentes en asuntos de ética periodística— cuando afirma que “la ética del humor coincide con la ética de la comunicación y demanda unos *valores específicos* junto con los valores que hacen de toda comunicación un acercamiento y una relación con los demás.”¹⁰ Pero esa especificidad de los valores de la caricatura política tienen que tomar en cuenta —y de ahí la dificultad del caso— tanto el veneno que caracteriza al género como la susceptibilidad de los lectores de ser heridos en uno de los núcleos más hondos de su persona: las creencias.¹¹

¿Qué pensar de un periódico que dibuja a Mahoma desnudo, en posiciones y situaciones grotescas? ¿Con qué propósito el semanario hace decir a Mahoma frases sexuales burlescas? ¿Por qué escribir en portada “el Corán es una mierda”? Pero con todo y el mal gusto que puede caracterizar a *Charlie Hebdo* sería injusto, me parece, tacharla de publicación racista o discriminatoria, ya que arremeten sin distinción contra cualquier credo o postura política.

Pero también habría que cuestionarse si la fama de la sátira —que hunde sus raíces en la risa de Demócrito— no está siendo rebajada por prácticas como las del semanario francés en los últimos años. Cuando yo pienso en el sentido hondo de la tarea periodística me parece que sus rasgos más loables no son solo el informar y cuestionar sino el

10. El artículo completo, “Atentado contra *Charlie Hebdo* motiva reflexión sobre la caricatura política”, se puede leer en el sitio web Ética Segura [DE disponible en: <http://eticasegura.fnpi.org/2015/01/07/atentado-contra-charlie-hebdo-motiva-reflexion-sobre-la-caricatura-politica/>]. Las cursivas son añadidas. También se puede consultar Javier Darío Restrepo, *El zumbido y el moscardón. Taller y consultorio de ética periodística*, FCE, México, 2004.

11. He encontrado varios artículos de opinión que tratan de resolver de manera rápida el caso al decir que basta con distinguir entre los dibujos que afectan a personas (y que entrarían en el delito de difamación, por ejemplo) y aquellos que afectan a ideas. Pero eso es un reduccionismo atroz. Habría que leer el libro *Ideas y creencias*, de José Ortega y Gasset, para notar el papel que las creencias tienen en la vida humana.

hecho de que esas notas estén al servicio de propiciar un mejor entendimiento del mundo y de la sociedad. ¿Pueden la risa socarrona, la provocación y la burla contribuir a ese propósito? Yo pienso que sí, pero manteniendo el foco que ennoblece la profesión. ¿Cuáles son los retos que vive el periodismo satírico en un mundo caracterizado por la diversidad de modos de vivir y de pensar? ¿Cómo podemos lograr, desde la broma y el humor, una convivencia más sana en un mundo plural? En unos medios cuya invitación ética tiende a autorregularse, ¿vale la pena coquetear tanto con los límites? En ese sentido, suscribo las palabras de Didier Fassin:

Me atrevo a sugerir que más que caricaturizar, podríamos intentar entender, y que más que imaginar la confrontación de una posición moral y otra inmoral, pensar que se trata de dos éticas en juego. De ese modo lo que tendríamos sería no un combate entre el bien y el mal, entre quienes tienen razón y quienes no la tienen, sino una confrontación entre dos aproximaciones distintas a la ética política.¹²

12. Véase: Didier Fassin. “*Charlie Hebdo*, la libre expresión y la ética” en *La Jornada Semanal*, No.1045, 15 de marzo de 2015 [DE disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2015/03/15/sem-didier.html>].z